

Agradezco asimismo al doctor Uriel García Cáceres, por haber aceptado ser el Académico de Número que me reciba en esta nobilísima y digna institución como es la Academia Nacional de la Historia.

Gracias Señor Presidente,  
Gracias a todos los señores Académicos,  
Gracias a los señores asistentes.

### **Discurso de recibimiento por el Dr. Uriel García**

El historiador José Tamayo Herrera me solicitó pronunciar el discurso de presentación durante esta solemne ceremonia de su incorporación como miembro en la Academia de Historia. Le acepté sin reparos porque creo que tengo el privilegio de compartir con él ideales y observaciones sobre el devenir histórico de la región sur peruana. Además nuestra amistad está reforzada por el recuerdo de nuestros padres que fueron compañeros de luchas. Es casi inútil expresarle mi agradecimiento a Pepe, ya que nos consideramos hermanos.

La trayectoria intelectual de José Tamayo es harto suficiente como para incluir entre los galardones conquistados durante su vida el de ser recibido hoy entre los cultores de disciplina que estudia lo que ha ocurrido para interpretar lo que ocurrió. Porque nuestro nuevo colega cultiva el arte y la ciencia del descubrimiento, vale decir, la *Heurística*.

Recibimos hoy a un distinguido historiador quien antes de ser captado por Clío, tuvo coqueteos con Urania, la celeste inspiradora de filósofos y astrónomos. Entró por la puerta grande al campo de la Historia con su obra *Historia Social del Cuzco Republicano*, con el enaltecedor prólogo de Jorge Basadre.

Antes de elogiar su destacado currículo académico mencionaré, a manera de un marco referencial, el significado que como historiador realiza don José Tamayo Herrera, desde la cuna del mestizaje, vale decir en el escenario de la sierra peruana cuando, en el siglo XVI, dos culturas contrastantes se encontraron y estallaron, para luego nunca ser las mismas.

En primer lugar la influencia biológica que el teatro andino ejerce sobre los humanos foráneos, un hecho sin parangón en el mundo, exceptuando a los pueblos situados alrededor de las montañas del macizo del Everest; en las que no existe colonización por extraños. Los pueblos de nuestra serranía, se ubican en altitudes por encima de los 2,500 metros sobre el nivel del mar. En ellos existe una tensión atmosférica menor a la que estaban acostumbrados los conquistadores, con una baja de la presión atmosférica que disminuye la utilización del oxígeno

para nutrir a sus organismos. Esta situación produce en el foráneo, en el lapso de un mes de permanencia, una aclimatación con transformaciones en su fisiología y anatomía. La hemoglobina y los glóbulos rojos de la sangre periférica aumentan de manera tal que a nivel del mar las tasas de glóbulos rojos por milímetro cúbico se considerarían anormales, el ventrículo derecho del corazón se agranda desde que los pulmones necesitan más sangre, los sensores para regular el calibre de las arterias que irrigan órganos vitales como cerebro, corazón, pulmones y riñones se hipertrofian. Cualquiera extranjero, sea europeo o nativo costeño y selvático al quedarse a vivir entre los Andes se convierte en un mestizo biológico, si cabe la denominación, mejor dicho, es un ser distinto a sus paisanos que se quedaron atrás. El andino de nacimiento tiene además los pulmones con mayor capacidad de captación de aire, los vasos sanguíneos de sus pulmones y corazón están más desarrollados.

El otro gran impacto del ambiente serrano sobre el europeo no solo tiene una connotación biológica sino también una anímica. El sobrecogedor espectáculo de los Andes con nevados perpetuos, insondables abismos y verdor de variada intensidad que se aprecian en el mismo cuadro del multicolor espectáculo de los fértiles valles, ríos y lagos. La escasa humedad de la atmósfera (de sólo 40%) hace la visión más diáfana que a nivel mar; tiene *aporcelanada limpidez*, como observó Riva Agüero.

Contemplar el Ausangate, el Salcantay o el Senka, iluminados por un refulgente sol con un cielo intensamente azul con nubes de contornos nítidos configuran un espectáculo sobrecogedor. Es por ello que los andinos divinizaron a cada componente del paisaje. El sol, la luna, los ríos, las gigantes níveas montañas, la tierra o la piedra fueron venerados como los dioses, esos fueron los Apus. Los dioses de un Olimpo terrenal ligado a la naturaleza circundante.

Para cualquier observador acucioso resulta fascinante que en el mismo valle coexistan a orillas de sus ríos enfermedades tropicales y en el mismo paisaje los nevados perpetuos, donde no hay bacterias contagiosas. Desde la colina del Intihuatana de Machu Picchu o de Pisac, desde el Valle del río Santa, desde las quebradas del Apurímac, de Yauyos o en fin de cualquier serranía andina la contemplación del paisaje sobrecoge, al observador se le interrumpe la respiración en un verdadero éxtasis. En Tarabamba la casa hacienda donde nuestro nuevo Académico nació, está ubicada en el valle sagrado de los Incas con ese mismo alucinante espectáculo.

Don José de la Riva Agüero y Osma, Marqués de Aulestia, un foráneo en los Andes, describió magistralmente ese espectáculo. Él fue, en el siglo XX, cultural y genéticamente un español implantado en el Perú como descendiente de los conquistadores. Cuando viajó al Cusco, en 1913, al describir la magnífica realidad,

Riva Agüero, enmendó el vacío dejado por sus antecesores. Esos que como Pizarro, Carbajal, De Soto, Toledo o, en fin Núñez de Balboa por una enajenación concupiscente no les importó registrar lo que vieron y sintieron en las serranías andinas. Esos Quijotes de los Andes transformados por el ambiente y por el influjo de la cultura nativa volcaron su innato impulso de caballeros andantes hacia el irrefrenable impulso de conquistar tierras y riquezas. Carecieron de la maestría de Riva Agüero para testimoniar la conmoción que produce al visitante, la serranía andina. Al llegar a Cuzco, el ilustre criollo limeño, después de más de un mes de viaje a caballo, su organismo con seguridad, fue transformado y su ánimo encandilado por la sierra. Como así ocurre con aquellos extranjeros que rompiendo su ligación ancestral deciden quedarse en los Andes por siempre jamás. Como lo resaltó Porras Barnechea, fue Riva Agüero quien proclamó que en la sierra está la verdadera peruanidad: *Detrás de Lima y la costa, región de la siesta, de los esclavos negros y de la vida fácil se alza la sierra, inmensa y aun indivisa, el verdadero Perú*. Entonces era un joven de 28 años que fue impactado por la mágica tierra andina peruana.

Esa visión estética de los pueblos serranos descrita con brillo y apropiada heurística por dicho eminente criollo, vale decir la de un español nacido en América. De esos que como los colonos en norte América se independizaron de la Corona Inglesa de sus ancestros prescindiendo de los nativos y los esclavos, a quienes no consideraron como parte de la nacionalidad. En cambio en los Andes se produjo el mestizaje principalmente cultural y biológico. Y otra vez, mostrando el cambio Riva Agüero sintió el impacto biológico y estético de la región andina. Allí hay blancos puros que su primer idioma fue el quechua y secundario el castellano pronunciado con el característico acento serrano y, por igual, los nativos que inmigran a la ciudad y se convierten ambos en los *nuevos indios*, como J. Uriel García lo demostró. Blancos y nativos convergen en fabuloso mestizaje andino.

Tamayo Herrera es precisamente el estudioso de la realidad serrana, concretamente la del Cuzco republicano que dentro de ese mestizaje surgió a la vida nacional con vigor propio y con características singulares. Fueron los primeros en alentar la confederación peruano boliviana que pudo convertir a los pueblos andinos en una potencia latino americana. Esa fue aplastada por los invasores chilenos con el aplauso y el apoyo militante de los peruanos descendientes de los conquistadores que en la costa no sufrieron la transformación social y biológica de la sierra.

Cuando Riva Agüero en 1913 visitó Cusco, hacía unos años del comienzo de una importante modernización de gran significación contada por Tamayo en sus trabajos sobre la historia del Cuzco. Concretamente durante el periodo que él llama como "la segunda modernización de Cuzco". El ilustre visitante limeño tuvo que entrar en contacto con la modernización que surgió dentro de Universidad

San Antonio Abad. En 1909, un grupo de jóvenes estudiantes protestaron por el notable atraso de enseñanza que se impartía allí de tipo confesional, salvo dos o tres de gran valía y prestigio, como Fortunato Herrera, brillante botánico, o el médico y antropólogo Antonio Lorena. Los estudiantes tomaron el local de la Universidad. Pidieron ayuda a sus compañeros de la Federación de Estudiantes Universitarios de Lima, llamada "Nacional". Esa agrupación rechazó la acción de los jóvenes serranos, no concibieron que en una alejada provincia soterrada entre los cerros con supuesto atraso cultural, alguien se atreviera a protestar. La directiva de la Federación limeña estuvo formada por jóvenes descendientes de los criollos; de esos condes y marqueses que firmaron el acta de la Independencia y que apoyaron a los chilenos que invadieron al Perú para aplastar a los "huanacos", como motejó Felipe Pardo y Aliaga, a los seguidores del mestizo Santa Cruz. La huelga universitaria del Cuzco, la primera en la historia de Latino América fue anatematizada por los medios de la prensa limeños como Variedades y Mundial. Pidieron la desaparición de la Universidad.

Tamayo Herrera hace el relato documentado de los sucesos ocurridos tras la huelga. Alberto Giesecke (1883-1968) un educador norteamericano, fue contratado por el Presidente Augusto Leguía como Rector de la Universidad. Este educador que entonces era casi de la misma edad de los alumnos protestantes, utilizó el impulso vital de esos jóvenes estudiantes creando en ellos habilidades y destrezas para estudiar la realidad del Cuzco. La historia precolombina y colonial, la sociología, la riquísima documentación, las características somáticas de la población aborigen y mestiza; realizó el primer censo poblacional. Con Luis E. Valcárcel, José Uriel García, Rafael Aguilar, José Gabriel Cosío, Antero Bueno, Oswaldo Baca, Demetrio Corazao y muchos otros desarrollaron la vida académica de esa universidad en las más diversas ramas de la cultura y del pensamiento.

Pronto el prestigio de esos universitarios traspasó el contorno del Cuzco. Lima, Buenos Aires, Santiago de Chile, La Paz o Madrid se pusieron en contacto con esos profesores para conocer sus logros. El desaparecido periódico *La Prensa* de Buenos Aires, que en las décadas de 1920 a 1940 fue vocero de la cultura iberoamericana, en su afamado Suplemento Dominical donde aceptaba en sus páginas a Ortega y Gasset, Azorín o a Jorge Luis Borges al mismo tiempo que a José Uriel García y Luis E. Valcárcel. Era común que en la misma página, de gran tamaño en fino papel y estupendas ilustraciones, hubiese un artículo de Borges con uno de un cuzqueño.

Tamayo Herrera, el Académico que hoy incorporamos, se dedicó a demostrar la historia de los diversos aspectos desconocidos para la mayoría culta de peruanos acerca de la vida en las sociedades cusqueñas y serranas. Los terratenientes, las familias tradicionales, los gamonales de horca y azote, los alzamientos indígenas que a principios del siglo convulsionaron a Cusco, Puno o Apurímac,

junto con las interpretaciones sobre el indigenismo, indianismo o mestizaje, a veces ardorosamente confrontados. Hubo movimientos indigenistas que se parecían a las sociedades protectoras de animales. Por todo ello debe de ser considerado como el abanderado de la historia regional de la sierra peruana.

Uno de los tópicos de mayor interés que Tamayo Herrera ha trabajado es en la *Ego Historia*. Un campo muy delicado que corre en el delgado, muy delgado, sendero entre el individualismo y la historiografía científica. Como edificante ejemplo dentro de los cultores de este género, fue Tucídides que vivió en la segunda mitad del IV antes de Cristo aunque seguramente sin desearlo, y escribió, con la misma técnica de un moderno ego historiador, *La Guerra del Peloponeso*. Miembro de una destacada familia ateniense se enroló como militar cuando estalló esa guerra. Conoció a los protagonistas del conflicto de ambos bandos. Sus relatos son sobresalientes y sirvieron de modelo a los historiadores. Don José Tamayo Herrera está reabriendo el camino del testimonio personal con maestría. Como Tucídides, el fundador de nuestra disciplina, Tamayo demuestra que el testimonio personal puede ser un instrumento importante de la historia científica.

Tamayo en su *Breve Historia de un Historiador* que en forma de un ameno ensayo hace la historia de su formación humana y académica al mismo tiempo que muestra la estratificación social y económica de la región del Cusco. El entorno familiar en el que vivió fue el de los llamados "misti", vocablo quechua que al comienzo de la historia colonial fue usado para designar a los mestizos, hijos de españoles con damas nativas, como Garcilaso por ejemplo; pero que en la actualidad se usa para designar a la clase económicamente dominante.

Él es un misti por descender de familias importantes, terratenientes, políticos y gente culta ciudadana que, aunque les parezca mentira a los limeños, existe en la ciudad de los incas. Hubo discriminación social y una conciencia plena de la prosapia. En los años de formación de nuestro nuevo académico los apellidos Mamani, Quispe (kespe) o Chambi no podían ser miembros del Club Social Cusco. Lo mismo que en el Club Nacional de Lima. Esa misma clase que se independizó de la Corona de España conservando sus privilegios. Esa que cuando los criollos de Buenos Aires con desconocimiento de la historia quisieron inquietar a los "indios" para levantarse. Los cusqueños de alta clase les demostraron que la independencia era para ellos no para los indios. La ego historia de Tamayo muestra la superioridad intelectual que debe poseer el historiador sobre las propias debilidades del medio familiar y social en el que se desarrolló para que con despojo de la propia tradición pueda mostrar la realidad.

Tamayo es miembro de una generación de intelectuales universitarios que desde dentro del claustro no se dejaron arrasar por la hecatombe que se generó en la universidad local. Fueron aquellos que no entraron en el vasallaje de los

grupos políticos que se disputaron la primacía en las universidades. Cuando uno estudia este fenómeno se encuentra con situaciones paradójicas. El cogobierno es, actualmente y desde entonces, utilizado por los profesores más retrógrados e inmorales. Ese grupo de rebeldes estudiantes, contestatarios de los politiqueros, con nuestro Tamayo como uno de los adalides, con el trascurso de los años produjo ciudadanos de gran valía en todos los campos del quehacer nacional. Igual que los revolucionarios de 1909, estos de la década de 1950 también destacaron. Basta con decir que de ambos grupos universitarios cusqueños salieron dos jefes de estado que enrumbaron al Perú, en horas de caos y desgobierno, por el limpio camino de la democracia. Ellos son David Samanez Ocampo, en 1932, y Valentín Paniagua Corazao, el 2001, extrañamente ambos fueron presidentes provisorios.

Como una suerte de premio a su labor puramente universitaria en 1972, fue designado Presidente de la Comisión Estatutaria Nacional de la Universidad Peruana. Allí desempeñó un importante papel para enrumbar al sistema universitario nacional hacia la esencia de su rol en el desarrollo nacional, cual es la investigación de la naturaleza circundante para que sirviese de insumo en la enseñanza superior de los alumnos. Desafortunadamente en esa época el Perú sufría una ocupación militar. Curioso hecho en la vida de nuestro país, ya que sus propias fuerzas armadas asaltaron el poder e institucionalizaron el gobierno en función de su rango castrense. El Jefe de Gobierno era al mismo tiempo Jefe del Comando Conjunto. Ese gobierno consecuentemente dictaba leyes con el concurso de un comité de jóvenes coroneles que se denominó COAP. Allí acudían bedeles bien remunerados; quienes sin ningún control aconsejaban a los pretorianos gobernantes. Así la labor de la buena voluntad de los auténticos universitarios quedó esterilizada y, lo que es peor, quedaron consagrados en las universidades estatales los perniciosos cambios que les impusieron las fuerzas armadas de ocupación. Fue similar a la situación de en la que se consagró el derecho de los campesinos de de los trópicos altos a sembrar coca sin control y ahora es problema mayúsculo el reemplazar ese cultivo ilegal.

Este nuevo académico ha abierto un camino importante para conocer mejor la realidad nacional para que se estudie con la necesaria técnica el rico material hasta ahora descuidado de la historiografía rigurosa y científica de los diversos ámbitos regionales sin caer en chauvinismos ni menos en disfraces de la realidad; mejor dicho, sin seguir el viejo adagio romano *de mortuis nisibonum*. En la obra de Tamayo hay un análisis veraz de los acontecimientos y de los personajes con la misma visión de Hegel, el filósofo de la historia, quien propuso que el historiador no debe mezclar sus propias emociones o ideas contagiosas que influyen en historiadores mediocres.

*Las Élités Cuzqueñas*, publicada en el 2008, fue en cierto modo una ego historia. Él pertenece por derecho ancestral a una elite de la ciudad de los Incas.

Inclusive por la línea materna es descendiente de esas coyas de la nobleza imperial incaica que fueron consortes de españoles conquistadores, de esos que se quedaron impactados por el nuevo ambiente y la cultura para fundar la nueva nacionalidad. En el Cuzco existen familias similares a los Torre Tagle, Riva Agüero, de la Vega del Ren, etc. Lo que ocurre que se acholaron en el término más amplio. Los Latorre cuzqueños, hoy día, los del 2010, forman parte de la elite junto con los Chambi, los de don Martín el fotógrafo nativo de fama mundial. Esa es precisamente la importancia del estudio que Tamayo ha realizado.

Por último, ha sido en dos ocasiones director de la Biblioteca Nacional. Por allí pasaron brillantes intelectuales como Ricardo Palma, González Prada o Jorge Basadre. Casi podría decirse que ese cargo consagra la vida de un hombre dedicado a las letras. Todo historiador es un bibliómano, tiene la fascinación por la palabra impresa. Al atesorar el material publicado o escrito, documentos, publicaciones periódicas, revistas o libros, todo historiador sabe que la palabra escrita constituye una de los más preciados dones de la humanidad. El avance de la informática tiene hoy una increíble posibilidad, ya que en el bolsillo del saco de una persona pueden caber cinco mil libros fotocopiados de los originales, para ser leídos ojeándolos con el pulpejo de un dedo. Hombres como Basadre o Tamayo dejaron la huella de la modernidad en el cuidado y la clasificación de libros, revistas y documentos que ahora se está aplicando, con satisfacción, de los que acudimos a la nueva Biblioteca Nacional del Perú.

Señor Presidente de la Academia de Historia del Perú, aplaudo la designación de nuevo miembro de número de esta ilustre institución al eminente historiador andino José Tamayo Herrera.